

Donde libres é incultas  
Se entrelazaban,  
Cargadas de racimos,  
Vides lozanas,  
Entre cuyo ramaje  
Revoloteaban  
Pajaritos del cielo  
Que el nido labran  
Donde no tocan nunca  
Manos humanas;  
Y como viese ociosas  
A las muchachas,  
Por qué las parras libres  
No vendimiaban,  
Pregunté, y me dijeron:  
«Porque las parras  
Que fructifican libres,  
Dan uvas ágrías.»

IV.

Libertad de mi vida,  
Libertad santa  
Que perdurablemente  
Tienes un ara  
En todas las conciencias  
Rectas y honradas,  
Léjos de profanarte  
Con mis palabras,  
Purificarte quiero  
De infames manchas.

No eres tú la que invocan  
Hoy en mi patria  
Las inconscientes turbas  
Desenfrenadas  
Y las turbas conscientes  
De sicofantas;  
Que tú eres la que invocan  
Las nobles almas  
Que entre el cielo y la tierra  
Lloran y cantan.

SOMORROSTRO <sup>(1)</sup>.

I.

Somorrostro, Somorrostro,  
¡ Con cuánto placer arrostro  
Lluvia ó sol canicular  
A través de tu campiña,  
Donde la mies y la viña  
Remplazan al arbolar!

Y es natural que así sea,  
Que ir camino de mi aldea  
Es por tu campiña ir,  
¡ Y en este camino hay tantos  
Recuerdos dulces y santos  
Que conmigo han de morir!

Allá Seldortun asoma  
Como una blanca paloma  
En la falda del Llangon,  
Y en nombre de Montellano,

(1) Para la mejor comprensión de estos versos, conviene decir que el poeta nació en Montellano, una de las feligresías del concejo de Galdames, y que Seldortun es uno de los barrios de aquella feligresía, que se ve desde el concejo de Múzquiz.

Donde me hicieron cristiano,  
Me envía una bendición.

Hácia la cañada honda,  
Cuya perfumada fronda  
Me deleitó en la niñez,  
A mi saludo responde  
Aquel santo templo, donde  
Recé la primera vez!

Velados de blancos tules,  
Allá los mares azules  
Que en calma ó en tempestad,  
Desde la cumbre bravía  
Contemplaba cada día  
Mi infantil curiosidad!

¡ Y aquí donde mi pié yerra,  
Ni un solo palmo de tierra  
Que no encierre para mí  
El recuerdo alegre ó triste  
De algo amado que aún existe  
O algo amado que perdí!

II.

Mas tornemos, musa mía,  
Y no sigamos la vía  
De mi primitivo hogar,  
Que quizá desierto se halle,  
Y sin salir de este valle  
Hay hartos para llorar!

Cuando yo era niño, iba  
Ese riachuelo arriba,

Y siempre sentia allí  
Ansia de exhalar un canto,  
Que ya estaba el gérmen santo  
De la poesía en mí.

Y los blancos torbellinos  
Del agua de los molinos  
Eran mi encanto mayor,  
Porque su inquietud eterna  
Era la imágen externa  
De mi inquietud interior.

¡Cotórrio! veintidos años  
Recorrí campos extraños  
Y habité rica ciudad,  
Y no dejó un solo día  
De volar el alma mía  
A tu dulce soledad!

Si aptas para los cantares  
Hasta las almas vulgares  
Puede lo hermoso volver,  
Desde Fresnedo á Pucheta  
¡Cuántas almas de poeta  
Pudiera lo hermoso hacer!

Allí, todo paz ahora,  
Pronto la locomotora  
Silbará con estridor;  
Mas no tiembles, musa mía,  
Que nunca á la poesía  
Puede silbar el vapor.

EL DOMINGO.

¡Qué alegre es el domingo  
Cuando el primer cantar  
Canta en su campanario  
La iglesia parroquial,  
Y vestidos de fiesta  
Todos á misa van  
Por la olorosa linde  
De la verde heredad,  
Ó la florida estrada  
Ó el viejo castañar!

¡Qué alegre es el domingo  
Cuando cariño y pan  
Al volver de la iglesia  
Se encuentra en el hogar,  
Ó bajito, bajito,  
Que lo oiga Dios no más,  
Se ha conseguido alguna  
Promesa muy formal  
De labios que parecen  
Hechos para besar!

¡Qué alegre es el domingo  
Cuando la mocedad

Al pié de los cerezos  
No se harta de bailar,  
Ni se harta de reir  
Con loca ingenuidad,  
Y los de edad madura,  
Poquito más allá,  
De conversar no se hartan  
Ni se hartan de fumar!  
¡Qué alegre es el domingo  
Cuando escondiendo va  
El sol tras el Janeo  
Su hermoso luminar,  
Y con sus santas lenguas  
La iglesia parroquial,  
Cuyo alto campanario  
Domina al arbolar,  
Dice á los feligreses:  
«Rezad y descansad!»  
¡Qué alegre es el domingo  
Cuando la voz leal  
De la conciencia humana,  
Que no miente jamas,  
Dice á los campesinos  
Que tornan á su hogar:  
«Mañana es día santo  
Como el que espira ya,  
Porque mañana es  
Día de trabajar!»

SANTA JULIANA Y SAN PEDRO <sup>(1)</sup>.

I.

Há más de quinientos años  
Un honrado caballero  
De los que su amor dividen  
Entre la patria y el cielo,  
Contempló desde la cumbre  
De dos collados gemelos  
La muchedumbre de hogares  
En su derredor dispersos.  
Como edificar castillos  
En los altos vericuetos  
Era universal costumbre  
De aquel belicoso tiempo,  
—« El caballero de Abanto,  
Decian los agoreros,  
Va á edificar dos castillos  
En lo alto de los dos cerros  
Para que en el valle todos

(1) Las iglesias parroquiales de San Pedro y Santa Juliana de Abanto fueron fundadas la primera en 1240 y la segunda en 1260, por D. Fernando de Abanto, nieto de los condes de Ayala.

Vivan sumisos á ellos.»  
Mas, contra estas predicciones,  
Lo que hizo el buen caballero  
Fué edificar en la cumbre  
De cada collado un templo  
Donde recibiesen culto  
Santa Juliana y San Pedro.  
Y cuando santa corona  
Los dos collados tuvieron,  
El buen caballero dijo:  
—«Santos templos, santos templos,  
Desde los verdes collados  
Donde asentados os dejo,  
Cantad cuando el pueblo cante,  
Llorad cuando lllore el pueblo.»

II.

Y desde entónces en busca  
De esperanzas y consuelos  
A aquellos santos collados  
Suben los que las perdieron,  
Y de gozo y esperanza  
Sonrien al bajar de ellos.  
Cuando á la patria alborozan  
Victorias de sus ejércitos,  
Cuando unen los corazones  
Vínculos santos y eternos,  
Cuando el pueblo conmemora  
Santos, sabios y guerreros,  
Cuando la tormenta ruge,

Cuando fulgura el incendio,  
Cuando un natalicio alegra,  
Cuando entristece un entierro,  
En toda ocasion y en todo  
Fausto ó infausto suceso  
Que regocije ó contriste  
Aquellos valles amenos,  
Hace más de cinco siglos,  
Santa Juliana y San Pedro,  
Desde los verdes collados  
Donde tienen trono excelso,  
Con sus sonoras campanas  
Cumplen el santo precepto  
Del caballero de Abanto  
Que duerme allí el sueño eterno,  
Anuncian tristes ó alegres  
Los regocijos y duelos,  
Cantando si el pueblo canta,  
Llorando si llora el pueblo.

TORNADA.

I.

Un cántico de amores,  
De júbilo y de paz  
Naturaleza entona  
En monte, en valle, en mar,  
Y un cántico de guerra  
Y de rencor mortal  
Que los hombres entonan  
Resuena á su compás!  
Tornemos, musa mía,  
Tornemos al hogar,  
Porque á buscar vinimos  
Santa fraternidad,  
Y luchas de Caínés  
No sabemos cantar.  
Mansos Abeles somos,  
Y áun siéndolo, quizá  
Los odios fraticidas  
Allí nos buscarán;  
Mas, bendiciendo nuestra  
Misión de amor y paz,

Tornemos, musa mía,  
Tornemos al hogar.

II.

¡Mira! A nuestra ventana  
Se han asomado ya  
Caras que ya sonrien  
Porque nos ven tornar!  
Dios cuyo *fiat* santo  
Trueca en serenidad  
Las fieras tempestades  
En monte, en valle, en mar,  
Trocará en amor mutuo  
Y en mansedumbre y paz  
La que en tu seno llevas,  
¡Oh pobre humanidad!  
Y cuando en nuestro valle  
No haya una mano audaz  
Que ose al símbolo santo  
Que en Memerea está,  
Entónces volverémos  
Sus galas á cantar.  
Mientras tal día llega,  
Que acaso tardará,  
Tornemos, musa mía,  
Tornemos al hogar.

Bilbao, Mayo de 1873.